

La charca de Hosco

Había una vez un cocodrilo que se llamaba Hosco. Tenía la piel verde y escamosa, el hocico largo y muchos dientes puntiagudos de diversos tamaños.

Cuando nadaba por la superficie de su charca, sus ojazos redondos y brillantes sobresalían del agua. Tenía muy buena vista. Miraba a la derecha, miraba a la izquierda, y controlaba toda la laguna.

Pensaba: «Esta es mi casa».

No quería que otros fueran a jugar allá. Creía que la charca era toda suya.

A veces los flamencos se metían al agua con sus patas largas y le preguntaban:

—¿Podemos estar aquí un rato? Tenemos ganas de jugar y beber agua.

Pero Hosco respondía bruscamente:

—¡No! Esta es mi charca, y aquí no quiero flamencos.

En ocasiones se le acercaban unas tortugas grandes, caminando pausadamente con su caparazón auestas, y le preguntaban:

—¡Ey, Hosco! ¿Te parece bien que estemos un rato nadando en la parte menos profunda?

Y el cocodrilo volvía a responder con brusquedad:



—¡No, no quiero a nadie en mi charca! Es mía y sólo para mí.

Eso entristecía a los otros animales. Hasta regañaba a las hermosas aves que se detenían a beber un poco de agua de la laguna. Las espantaba, y se iban volando.

Al poco tiempo, Hosco comenzó a sentirse solo porque ya nadie iba a la charca. En todo el día no hacía otra cosa que nadar solito de un extremo al otro. Se había preocupado tanto de defender su laguna que se había quedado sin amigos.

Un día se dijo: «Voy a salir a explorar los alrededores».

Fue arrastrándose por la hierba y pronto llegó a otra charca. Era bastante pequeña y tenía el agua muy turbia, ¡pero estaba llena de animales que se divertían de lo lindo!

Un hipopótamo gordínflón se revolcaba en el barro. Un par de tortugas jugaban a perseguirse. Un grupo de bellos flamencos rosados se entretenían salpicando: metían el

pico en el agua y al levantarlo producían una lluvia de gotitas. Hermosas aves de vivos colores revoloteaban por los alrededores, ansiosas de participar en la diversión.

Hosco se escondió detrás de unas plantas y se quedó observando los juegos. Todos parecían estar pasándola muy bien. Tenía miedo de que lo descubrieran y

lo echaran, de la misma manera que él echaba a los animales que iban a su laguna, así que enseguida salió de su escondrijo y se fue por donde había venido.

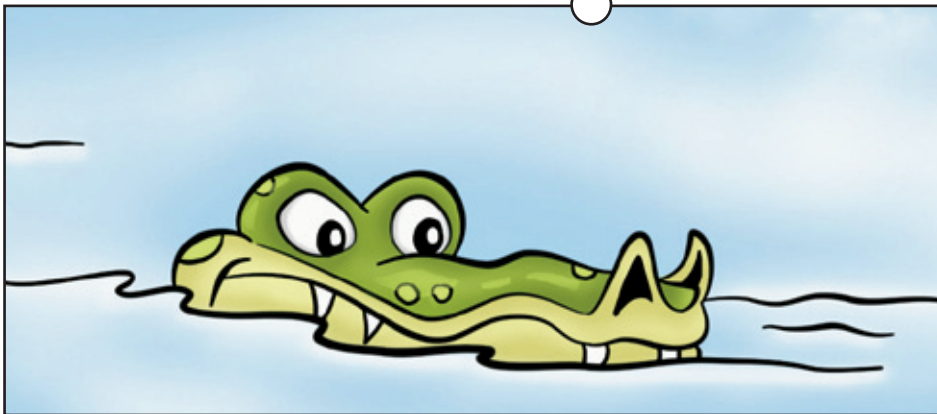
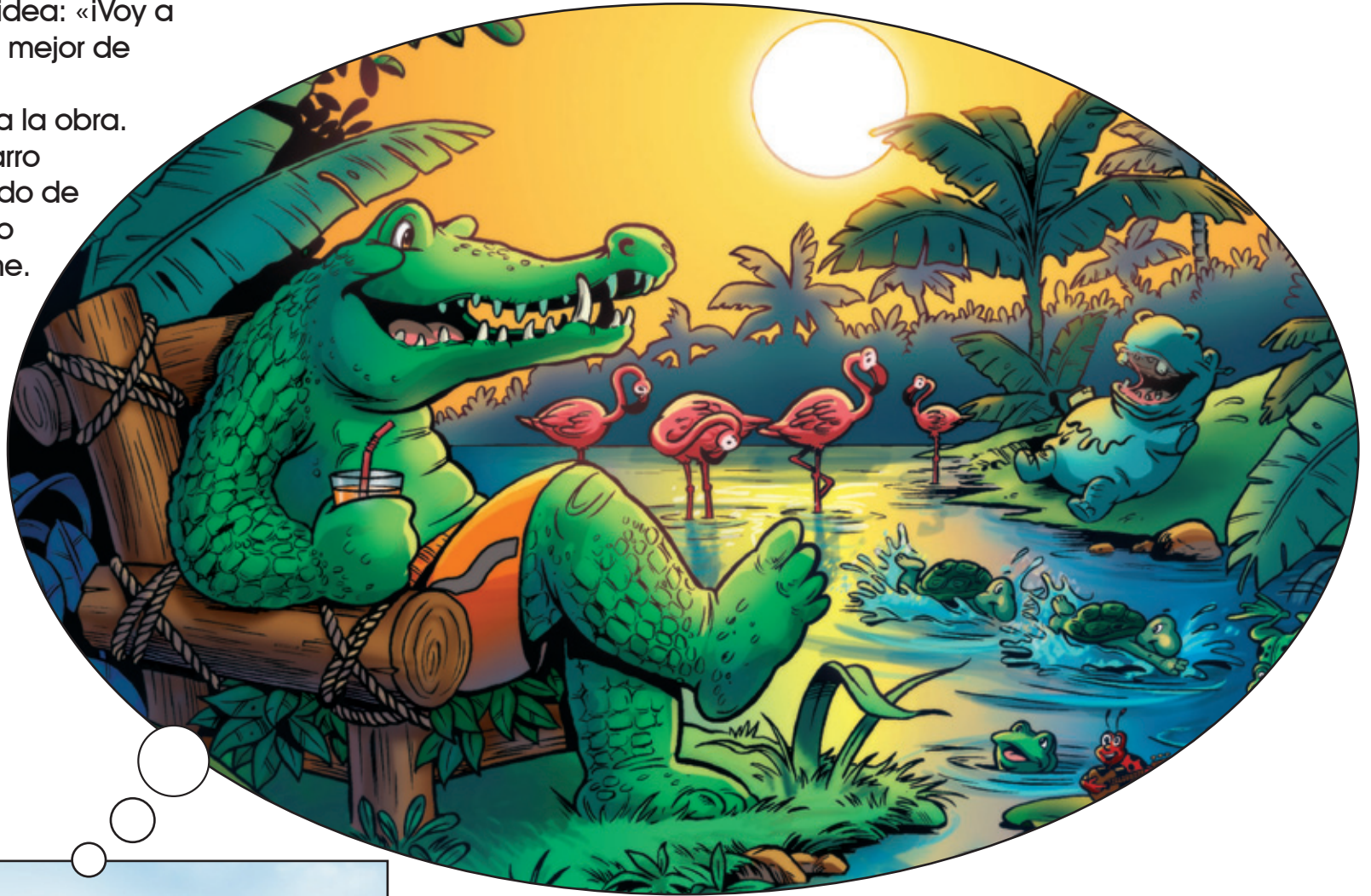


Al llegar a su charca se sintió muy triste. Se acordó de todos los animales que habían querido jugar allí y se arrepintió de haberlos echado.

Pensó: «¿Qué puedo hacer para que los animales vengan a jugar?»

Entonces se le ocurrió una idea: «¡Voy a hacer que esta charca sea la mejor de todas!»

Enseguida se puso manos a la obra. Comenzó a escarbar en el barro blando que había a un costado de la laguna y al cabo de un rato había hecho un hueco enorme.



Luego abrió sus tremendas mandíbulas, agarró un montón de hojas caídas y las apiló. Y como alrededor de su charca había muchos árboles frutales, colocó encima de las hojas algunas frutas que encontró en el suelo. Por fin estaba todo listo.

Se arrastró hasta la otra charca, asomó la cabeza por entre las plantas y dio un chasquido. Todos los animales se quedaron inmóviles y se dieron lentamente la vuelta para mirarlo. Por un momento se preocuparon y temieron que les fuera a decir algo desagradable. Pensaron: «¿Para qué habrá venido?»

Pero Hosco había cambiado:

—¡Hola, amigos! Los invito a jugar en mi charca. Lamento haber sido tan antipático. Hice un gran hoyo en el barro, y tengo frutas y hojas para que todos merienden. ¿Quieren jugar allí?

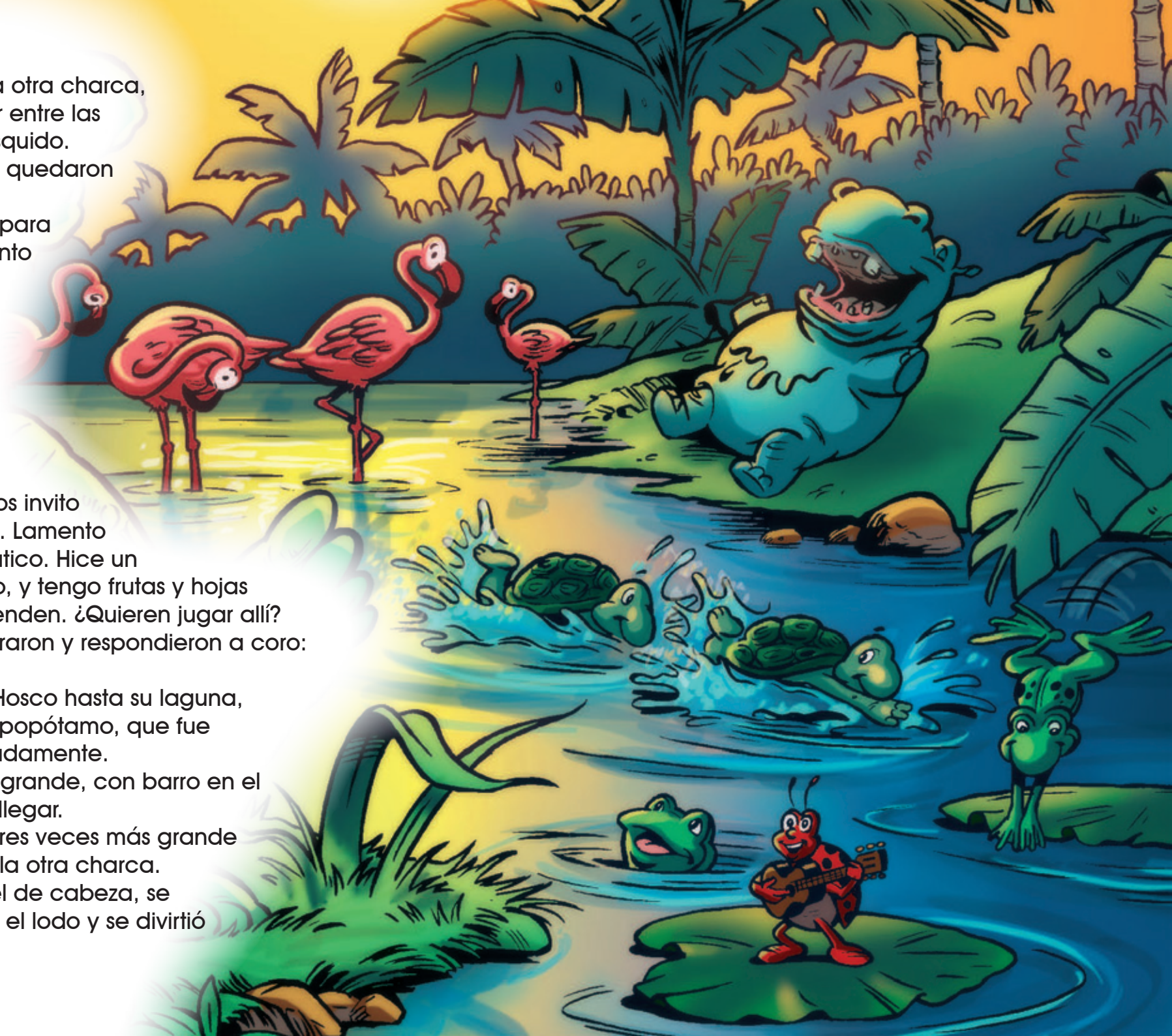
Los animales se miraron y respondieron a coro:

—¡Nos encantaría!

Todos siguieron a Hosco hasta su laguna, incluido Enrique, el hipopótamo, que fue tambaleándose pesadamente.

—¡Qué hueco tan grande, con barro en el fondo! —exclamó al llegar.

El hoyo era dos o tres veces más grande que el que había en la otra charca. Enrique se metió en él de cabeza, se puso a chapotear en el lodo y se divirtió muchísimo.



Los flamencos estaban contentísimos de poder jugar en la preciosa laguna de Hosco, como siempre habían querido. En cuanto a las tortugas, se la pasaron muy bien persiguiéndose de un lado a otro.



Hosco se quedó a un costado y disfrutó viendo cómo se divertían sus nuevos amigos.

Moraleja: Si compartes, no sólo harás felices a los demás, sino que tú también te sentirás feliz.

Toda la semana fueron llegando cada vez más animales a la charca, pues había corrido la noticia de que era la mejor de la zona.

Un día, Hosco se fijó en un animal que se acercaba lentamente por el pantano. Enseguida se le iluminó el rostro, ipues se trataba de una cocodrilo!

—Hola, ¿cómo te llamas? —le preguntó ella.

—Soy Hosco —contestó él.

—Yo soy Flora. Me he enterado de que tu charca es sensacional. ¿Te parece bien que me quede un rato?

—¡Encantado! —exclamó Hosco—. Podemos hacernos amigos.

—Por supuesto —dijo Flora—. Creo que seré muy feliz aquí porque me da la impresión de que eres un cocodrilo muy simpático.

Hosco y Flora llegaron a ser muy felices juntos.

Hosco estaba muy contento de haber aprendido a compartir, porque de esa manera había ganado muchos amigos.